

T.—San Teodoro.—Sto. Tomás.—Sma. Trini-
dad del Monte.—Sma. Trinidad de los pere-
grinos.

U.—San Urbano.

V.—Stos. Vicente y Anastasio.—San Vito.—San
Vidal.

VARIEDADES SOBRE ROMA,

EL COLISEO.

El monumento más típico de la civilización de la Roma pagana es el Coliseo. Este solo edificio es bastante para justificar esta exclamación tan significativa: "¡Empresa de Romanos!"

El Anfiteatro Flavio ó Coliseo, fué construido por Flavio Vespasiano despues de la guerra contra los judíos, y despues de la destruccion de Jerusalem. Trabajaron en su construccion los doce mil isrraelitas prisioneros de dicha guerra, y la obra solo duró diez años. Vespasiano murió ántes de verla construida, pero la concluyó su hijo el emperador Tito. La dedicacion ó estreno duró 120 días en los que murieron diez mil gladiadores y cinco mil fieras. La gran capacidad de este edificio puede calcularse por el número de espectadores: cabian cómodamente más de *cien mil*, siendo muy amplias y extensas las localidades del Emperador, la familia real, el senado, los cónsules, las vestales, etc., todos los cuales ocupaban palcos muy suntuosos. A los espectáculos asistian mil músicos y cien bufones.

Nosotros visitamos este colosal edificio un domingo á las cuatro de la tarde: imposible es

describir lo que allí se siente. Por de pronto la imaginacion es trasportada á 1800 años atrás, y al recordar congregada allí aquella multitud abyecta, ávida de espectáculos sangrientos, compréndese hasta donde puede llegar la locura y la degradacion del hombre, creyendo encontrarse en el apogeo de la civilizacion y de la grandeza. Pero lo que con más viveza se ofrece á la imaginacion, es la presencia de tantos miles de mártires que en aquella arena del Coliseo dieron su vida en testimonio de su fé. Allí están ahora al descubierto los subterráneos en donde eran encerrados los cristianos y los otros en donde se encerraban las fieras. Allí se vió la lucha del cristianismo, en que sus héroes muchas veces, en vez de ser devorados por las hambrientas fieras, eran alhagados por ellas, convirtiendo este espectáculo á millares de espectadores. Allí, en fin, se recuerda una lucha de 300 años, de la que salió triunfante la Iglesia, hundiéndose para siempre al paganismo hasta entónces triunfante!

Como recuerdo de este sitio, que es uno de los que más impresionan, corté en él unas flores rojas, cuya sábia parece ser la sangre de los mártires del Coliseo!

LAS CATACUMBAS.

Mucho se ha escrito sobre el origen, número é historia de las Catacumbas de Roma; por lo que yo me limito á describir lo que de ellas puedo recordar y lo que sentí al tener la dicha de visitarlas.

Aunque las Catacumbas son varias, las principales son la de San Sebastian y la de San Calixto.

Las primeras tienen la entrada en el interior de la Basilica de San Sebastian, y las otras, cuya entrada no se indica por edificio notable alguno, se halla en la Campiña Romana. Nosotros nos dirijimos á la primera despues de haber visitado la capilla de *Domine quo vadis* segun lo he dicho ya. Despues de haber visitado la hermosa Basilica, de haber venerado el cuerpo de San Sebastian, y la cripta en que estuvo sepultado y la huella de la planta del Señor, uno de los religiosos franciscanos se encargó de la guía del pequeño grupo de mexicanos que nos habiamos segregado de los demás peregrinos para visitar con más comodidad las Catacumbas, y nos proveyó á cada uno de pequeñas velas de eera. Descendimos primero por una escalera de gradas regulares, pero luego la vía se hizo más estrecha y tortuosa. El religioso comenzó por explicarnos la historia de las Catacumbas; de la vida que en ellas llevaban los cristianos durante los trescientos años de persecucion, del modo como se verificaban allí los sagrados misterios, de cómo los cristianos cuidaron de llevar allí los cuerpos de los santos mártires, y de encerrarlos en criptas; y despues de estas y otras varias explicaciones generales comenzamos nuestra excursion subterránea deteniéndonos á cada paso en que nuestro guía nos decía: «aquí estuvo el cuerpo de Sta. Cecilia, acá el de Sta. Ines, esta era la capilla en que los primeros pa-

pas celebraron los santos misterios, etc. etc. etc.»

Así recorrimos no sé qué cantidad de terreno, subiendo á veces, bajando otras, y estrechándonos luego el camino al grado de no poder andar á la vez más que una ó dos personas. Una de las cosas que más llamaron nuestra atención fueron algunas pinturas con que los primeros cristianos simbolizaban los dogmas de nuestra religión. Unas veces un cordero ó un pastor representaban á Jesucristo, otras una paloma representaba al Espíritu Santo ó el alma de un cristiano, muchas un pez que á la vista de un pagano nada significaría, representaba al mismo Jesucristo. En medio de este simbolismo con que los primeros cristianos creyeron necesario rodear de misterios los dogmas de nuestra fé, descúbrese sin embargo con mucha claridad la creencia de esos cristianos en la maternidad divina de la Santísima Virgén; tanto en la adoración de los Reyes, como en otras pinturas, está con el Niño en los brazos.

Ah! decíame al contemplar aquellos augustos recintos: aquí vivió una población entera de santos, aquí una generación de valientes que dieron su vida por su fé. Cómo en estos antros resonaban los cánticos mas fervorosos, ¡con qué miradas de predilección veía el Señor á las almas puras que aquí moraban!

Al salir de las Catacumbas pude proveerme de varias fotografías tomadas de las pinturas antes dichas, todas alegóricas.

De nuestra excursión á la otra parte de las

Catacumbas, cuya entrada como he dicho está en la Campaña Romana, solo diré que está custodiada por unos padres capuchinos encargados de servir de guía á los peregrinos. Fuera de las diferencias de los nombres de los mártires, de las criptas, capillas, etc, estas Catacumbas no ofrecen por lo demás diferencias esenciales á las anteriores.

De los principales sepulcros tomé un poco de tierra, cuyas porciones tuve que confundir por no poderlas conservar separadas.

LA EXPOSICION VATICANA.

Gran fortuna fué para los peregrinos mexicanos haberse presentado en Roma en momentos en que la gran Exposicion Vaticana alcanzaba todo su colosal éxito; cuando los más ricos y más raros objetos venidos de muy lejanas partes del mundo, estaban convenientemente colocados en los salones de la Exposicion, que al efecto hubo que emplear y que multiplicar; cuando nada había ya que agregar á la gran Exposicion, entónces nos fué dado presenciar el prodigioso acontecimiento que nunca había tenido igual y que difícilmente se repetirá.

Si el mejor modo de testificar el amor y la adhesión á una persona son los dones, la exposicion vaticana es el monumento mas solemne y elocuente del gran amor de los pueblos de todo el Orbe hacia su jefe el soberano Pontífice.

Cuando en 1877 y con ocasion del jubileo episcopal del Sr. Pio IX. tuvo lugar la anterior

exposicion vaticana ¡con cuánto entusiasmo y con qué vivos deseos de presenciar la exposicion leíamos las descripciones que de ella se hacian! ¡cuán lèjos estabamos entónces de creer que once años despues, presenciáramos la del jubileo del Sr. Leon XIII., de la que aquella parece no haber sido sino un ensayo.

Por no dejar de mencionar algunos de los objetos de ese *marem ignuum* de la exposicion tomaré uno que otro de los que apunté en mi cartera y que más llamaron mi atencion.

Juego eléctrico de campanas — En uno de los salones habia un teclado de nueve teclas con comunicacion á un aparato de nueve grandes campanas, colocado en el jardín central. Con solo la presion suave de un dedo en la tecla se levanta el respectivo martillo y dá en el borde de la campana un golpe seco que produce un sonido fuerte y sonoro. Ocho campanas son de igual tamaño, pero de distintos sonidos bien combinados; en medio está la mayor que pesa 150 kilógramos. y pulsando á la vez varias teclas se producen acordes y nuevos efectos de armonía.

Colocado el aparato de los sonoros bronce en un alto campanario, el teclado puede colocarse á la mano en la sacristía, y desde allí dar un repique ó producir toques armónicos á voluntad y sin tener que subir al campanario.

El inventor de este ingenioso y utilísimo aparato fué el ingeniero Carlos Aragón de Lion, quien ofreció al Sr. Leon XIII. el primero que salió de sus talleres.

Campanas de tubo.—Ya que de campanas de nueva invencion se trata, hay que hablar de otro campanario colocado en la Galería del jardín del Papa. Estas campanas son unos tubos de bronce suspensos de un armazon de madera. Al tirarse de la cuerda unos como martinets pegan en la extremidad superior del tubo, y se produce un sonido como el de la mas sonora campana. Al oír el magnífico efecto de este campanario tan económico, nos admiramos de que no se haya generalizado tan pronto como se ha inventado.

Relox astronómico de Estrasburgo.—Es un admirable relox ofrecido á Su Santidad por el Obispo y clero de Estrasburgo, cópia y reduccion del gran relox de la Catedral de aquella ciudad, hecho por Luis Lorent

Sin detenerme en hacer una descripcion de esta maravilla, solo diré que marca el año en números y tambien por la traslacion de la tierra al rededor del sol; señala la letra dominical, el cielo solar, las fases de la luna, la salida y puesta del sol y los años bisiestos. Los dias de la semana van apareciendo diariamente simbolizados por deidades paganas en carros, en cuyas ruedas se vé el nombre de la deidad y del dia: el domingo aparece Apolo, el lunes Diana, el martes Marte, el miércoles Mercurio, el juéves Júpiter, el viérnes Vénus y el sábado Saturno.

Repite cuartos, pero de este modo: el primer cuarto lo dá un niño que, con un pico en la mano, sale y pega con él en el timbre; la media la dá un jóven cazador, que trae una aljaba y pe-

ga con la flecha: los tres cuartos los dá con su espada un hombre en traje de guerrero y los cuatro cuartos los dá un viejo encorvado, con su muleta. Inmediatamente sale la muerte y dá la hora con su canilla que trae en la mano. Asi la muerte viene tras las cuatro épocas de la vida.

En la parte superior está la imágen del Redentor, y luego que la muerte ha dado la última campanada de las doce del día, se ven salir uno á uno los doce Apóstoles, y al pasar se inclinan ante el Señor quien los bendice, y por fin, un gallo sale, sacude las alas y canta por tres veces.

Difícil es que haya otro ejemplar de este relox, obra de muchos años de estudio y de trabajo

El Arpa de teclado.—Es un instrumento de nueva invencion, cuyas primicias han sido ofrecidas al Sr. Leon XIII., como homenaje al protector de las ciencias y de las bellas artes.

Al oirse, creese ser pulsada con las manos, como las grandes arpas, pero nó lo es sino por medio de un teclado, y el instrumento tiene las cuerdas adicionales necesarias para completar los sonidos que en vano se buscan en las arpas comunes. El obsequio fué de la Junta Diocesana de Mantua y el inventor Alejandro Autoldi, quien ha obtenido privilegio de invencion. de varios gobiernos.

MEXICANOS RESIDENTES EN ROMA.

Mencionaremos los principales. La Señora Doña Concepcion Lombardo de Miramon, de quien ya he hablado en otra parte, se consagró por completo, juntamente con su apreciable hija, á obsequiar y servir á los mexicanos durante su permanencia en Roma. Ya he dicho que en compañía del Sr. Angelini nos recibió en la Estacion al llegar, y despues se propuso obsequiarnos ya con una *sóiree* á la que asistieron los principales peregrinos y muchas personas de Roma de las relaciones de la Señora, ya con almuerzos y cenas á los demás mexicanos, llevando su atencion hasta la salida de Italia de la peregrinacion, pues la vino á acompañar hasta Nápoles, de regreso. No hubo uno solo de los peregrinos mexicanos que no trajera un recuerdo de gratitud hacia esas dos apreciables personas.

El Sr. Angelini y su amable esposa, que tuvieron especiales atenciones para mí y mi hermana, nos hicieron el honor de invitarnos dos veces á su mesa, para hacernos gustar, como decía él, del platillo nacional: un platillo de macarrones.

En la segunda vez estuvo á acompañarnos el simpático jóven mexicano Don Natal Pesado, notable pintor que, como artista, ha obtenido un distinguido lugar en el país clásico de la pintura, y que obtuvo del Rey de Italia una medalla honorífica. Su carácter jovial y franco, lo

mismo que el de su apreciable esposa, que aunque italiana habla bien el español, nos hizo muy agradable esa reunion.

Otras personas mexicanas, entre ellas alumnos del Colegio Pio-latino, nos obsequiaron y contribuyeron á hacernos muy grata nuestra permanencia en Roma.

SEGURIDAD Y BUENA POLICIA EN ROMA.

Al deplorar el espíritu de robo tan desarrollado en nuestro país, no he podido menos que recordar y referir muchas veces los casos que personalmente nos acontecieron, y que prueban el respeto á lo ageno que por allá se tiene, verdaderamente inusitado entre nosotros.

Iba mi hermana con el sacerdote en cuya casa estabamos, á oír misa á San Pedro; poco antes de entrar en la gran plaza de la Basílica, mi hermana sintió caérsele el prendedor con que sujetaba á su cabeza la mantilla con que se cubría. El eclesiástico, que la vió buscar en el suelo, cuando supo de lo que se trataba, dijo:

—Déjelo Ud. y á la vuelta lo encontraremos.

Por no detener al Padre, mi hermana continuó su camino, dando por perdido su prendedor. De vuelta, una hora despues, el Padre se detuvo en el lugar de la pérdida, y no hallando lo que se buscaba, dijo:

—No hay cuidado; por acá estará.

Se dirigió á la tienda que estaba mas cerca y en uno de los aparadores que dán á la calle,

por fuera del vidrio, estaba clavado el prendedor; lo tomó y se lo entregó á la dueña.

Al bajar yo, en la plaza de San Pedro, de un ómnibus donde veniamos doce ó quince personas, dejé en el coche, por olvido, un bulto de ropa de Iglesia que fué preciso llevar, pues acababa de asistir en San Nicolás in Cárcere, á la misa de accion de gracias de la peregrinacion. Dándolo ya por perdido, no hice más mencion de él, hasta el día siguiente en que referí mi pérdida á un amigo romano.

—¡Cómo es eso!—me dijo—Aquí no se pierde nada. Voy á la Agencia general de carruajes. ¿Recuerda Ud. el número del coche?

—No.

—No importa.

Fué, en efecto, pero en la Agencia no pareció el bulto.

Entónces me hizo acompañarlo á la Comandancia general de policía; refirió el caso, y al día siguiente un agente de policía me entregaba el bulto en mi habitacion; díle de albricias una lira, ó sean veinte centavos, con lo que se mostró muy contento.

No por esto deba creerse que no hay malhechores; los hay, pero tambien se cuenta con una

activísima policía que burla las más veces sus depravados intentos.

Véase entre varios un caso:

El Lic. Garrido y el Dr. Viveros, nuestros compañeros de peregrinacion, tomaron por *cicerone* en Nápoles, á un individuo apellidado Plataret. Este los acompañó á Roma y se proponía acompañarlos hasta su regreso á México. Salieron de Roma para Francia, y, al salir, providencialmente llegó á manos del Prefecto de Roma una carta de Plataret en la que avisaba á un su amigo, que iba á robar á los dos mexicanos, para lo cual llevaba un pomo de cloroformo, merced al cual los dejaría dormidos en cualquiera parte y los despojaría. Inmediatamente tomó sus informes el Prefecto, y telegrafió á Nápoles, Bolonia, Génova, Venecia, Turín y otros puntos para que aprehendiésen á Plataret y advirtiéran del peligro á los dos mexicanos. Efectivamente, Plataret fué aprehendido en Bolonia, y lo fué al mismo tiempo en Nápoles su cómplice á quien dirigió la carta: encontrándose al primero el pomo de cloroformo.

Dos cosas son notables en el caso: la actividad de la policía y la proteccion de Dios á los peregrinos mexicanos.

SAN JUAN BAUTISTA ROSSI.

MILAGRO QUE DETERMINO SU CANONIZACION.

Con este titulo di esta relacion que fué insertada en el número 31 del *Pueblo Católico* de es-

ta Ciudad, correspondiente al 2 de Agosto de 1890.

.....
.....
La señora de la casa donde estabamos posados en Roma, llamada María Sartori, era una respetable anciana como de sesenta y cinco años, madre de seis hijas, la menor de las cuales tendria 18 años. Dicha señora, que es quien motiva esta relacion, es de baja estatura, algo gruesa y que expresa en su rostro el tipo de la matrona romana. Tanto ella como sus hijas forman tambien el tipo de esas familias sencillas, de fé pura, de intachables costumbres, de piedad verdadera, una de esas familias romanas en fin, de donde han salido tantos santos.

Hay allí dos sacerdotes uno es D. Felice Valerga, Canónigo de San Pedro en el Vaticano, y el otro D. Giovanni Sileoni, Cantor de la misma Basilica. Estos señores, sin familia, están hospedados en esa respetable casa, hace muchos años considerándose ya como miembros integrantes de la familia Sartori.

Pasemos ya al asunto.

Un dia recorria yo los cuadros que decoran la sala, cuando me llamó la atencion una litografía como de un pliego, que ocupaba el lugar preferente en el fondo de la sala. En este cuadro veíase una enferma moribunda, rodeada al parecer de su familia, en cuyos rostros veíase la extrema afliccion de quien vé acabarse la vida del sér querido. En el aire, y figurando una

distancia como de dos varas, por encima de la enferma, veíase una figura vaporosa, como de un santo circundado de gloria, y vestido con un traje sacerdotal de ceremonia.

Lo que más me llamaba la atención era encontrar mucho parecido entre la enferma allí pintada y la señora Sartori. Al estar contemplando el cuadro, entró una de las jóvenes á quien no pude ménos de preguntarle qué asunto estaba allí representado.

—Ah, mamá,—me dijo,—déjeme Ud. llamar á mamá para que ella misma refiera á Ud. eso.

Momentos despues entró la Señora María con un libro en la mano y calados sus anteojos. Me tomó de la mano, me llevó al asiento inmediato y me dijo:

—¿Me ha reconocido Ud. en aquella litografía?

—Encuentro mucho parecido entre la enferma y Ud.

—Soy yo, efectivamente, y el Santo que vé Ud. allí es mi querido Santo, Juan Bautista de Rossi. Iba á leerle á Ud. ó á darle á leer, en lo que á mí se refiere, este libro, que como Ud. vé es el de la vida y causa de canonización del mismo Santo; pero voy á referírselo verbalmente, y despues podrá verlo todo confirmado en lo escrito.

—Antes dígame Ud. ¿quién fué ese santo?

—San Juan Bautista de Rossi fué un sacerdote de extraordinaria santidad, de aquí de Roma, y canónigo de la Basilica Colegiata de Sta. María in Cósmedin. Desde antes de su canonización

yo le tuve siempre mucha devoción y grande confianza, porque experimenté mil veces su favor.

—Ahora continúe Ud.

—Café yo gravemente enferma de una enfermedad maligna, y como de costumbre invoqué con grande confianza á mi Abogado, á quien la Iglesia no habia concedido mas que el título de *Beato*.

Los médicos vieron desarrollarse mi mal tan irremediabilmente. que se declararon impotentes para contenerlo. Me desahuciaron de comun acuerdo en la última junta que de ellos hubo. Yo, contra toda esperanza, la tenia todavía muy grande en mi Beato Juan; pero al fin llegué á perderla cuando ví muy próximo mi fin. Entónces ya no pensé más que en prepararme, recibí los Santos Sacramentos, y en pocos días llegué al extremo de la agonía. Esta se prolongó más de lo ordinario; y ahora comprendo porque, para que todo el mundo se persuadiera de que en aquel extremo era humanamente imposible mi curación.

Llegó por fin mi última hora, mis hijas rodeaban mi lecho, como Ud. vé allí, [señalando el cuadro,] esperando mi último suspiro; de un momento á otro llegarían el sacerdote y el médico á quienes se había llamado, cuando yo que no sé darme cuenta del estado en que estaba, parece que desperté, abrí los ojos, y ví, ¡oh! yo ví la gloria, y en medio de ella mi santo, él mismo, á quien reconocí inmediatamente. Creí que venía á recibir mi alma y llevarme al cie-

lo, pero deteniéndose como Ud. lo vé me dijo:

—María, no ha llegado aún tu última hora. Dios ha permitido que llegases á este estado para que en tí se manifieste su gloria en honra mía. Tú sabes que mi canonizacion está pendiente, hasta que haga yo un milagro que quede bien probado. Yo quiero darte un premio por la devocion que me has tenido, y vas á ser el último testimonio de mi glorificacion. Levántate luego, pues estás perfectamente sana, el sacerdote y el médico que ya llegan, serán los primeros testigos del milagro, y mañana, te presentarás á la Sagrada Congregacion diciéndole de mi parte que Dios quiere, y yo lo deseo que se proceda luego á mi canonizacion.

Quería yo, como Pedro en el Tabor, seguirme recreando en tan gloriosa vision, pero antes de que yo pudiera responderle ó hacerle una peticion, mi Santo desapareció.

Entónces, al entrar las personas que se esperaban, dí un susto á mi familia, porque despues de haberme visto cambiar de semblante y fijar mi vista en lo que ella ni veía ni oía me incorporé en mi cama con la expedicion del que goza de perfecta salud, y después de procurar que se tranquilizaran, referí en presencia de los concurrentes, y con voz llena; lo que me acababa de pasar.

—¿Y al dia siguiente?

—Como ésto pasaba en la noche, al dia siguiente muy temprano circuló la noticia por toda Roma, y como debía esperar á que la Sa-

grada Congregacion estuviese reunida, ya tarde, á la hora que salí acompañada de sacerdotes y médicos, las calles de mi tránsito estaban llenas, deseando verme, y alabando á Dios y á mi gran Santo.

Ya Ud. supondrá que la causa de la canonizacion se concluyó violentamente con tan famoso milagro; mi Santísimo Padre el Sr. Pio IX. quiso verme y recibí de él sus cariñosas felicitaciones y la promesa de que procedería luego á la canonizacion.

El dia que ésta tuvo lugar, vinieron á esta pobre casa las diversas Congregaciones que debian asistir, así como un inmenso número de clero, y me llevaron como en triunfo, y como el testimonio más fehaciente de la glorificacion de mi querido Santo Juan Bautista Rossi.

Ahora vea Ud. el libro, suficientemente autorizado, y en el último milagro verá lo que acabo de referir.

Yo ví aquella señora desde ese dia con el respeto y cariño que exita la narracion de acontecimiento tan sorprendente. Quise obtener un ejemplar de la litografia que estaba en la sala, pero no se pudo conseguir, y solo me regalaron algunos ejemplares de la imagen del Santo que lo representa con su traje canonical.

UN EPISODIO EN LOS JARDINES DEL VATICANO.

Como la anterior relacion, ésta fué inserta en el número 33 de *El Pueblo Católico*, correspondiente al 17 de Agosto de 1890.

Desde que el Papa, por el mismo hecho de serlo, se vé en la necesidad de quedar encerrado en el Vaticano, no tiene mas extension de terreno, siquiera para atender á su salud por medio del ejercicio, que los límites de su prision. Por fortuna los del Vaticano son tan amplios, mejor dicho, tan vastos, que con razon se dice que ese Palacio es una gran poblacion incrustada en la gran Roma.

Fuera de las *once mil* habitaciones sin incluir la Capilla, la gran sala, los museos, las bibliotecas, etc., tiene amplios patios con elegantes corredores y los célebres jardines que tienen por término en algunas partes campiñas y aun colinas hermosísimas. Esto no debe sorprender, si se considera que la Basílica y el Vaticano están en un suburbio, al otro lado del Tiber y sobre el monte Vaticano, de donde el Palacio toma su nombre.

El Sr. Leon XIII. suele salir á pié á los lugares de recreo más próximos á sus habitaciones; y en uno de estos paseos fué cuando se acercó solícito á ver una planta enferma, llamó al jar-

dinero y le dió un método curativo para que la planta recobrará su lozania, dejando sorprendido al jardinero que ignoraba que los conocimientos del Papa se extendiesen hasta Jardinería.

En los grandes jardines hay anchas é interminables calles que se cruzan en todos sentidos formadas por paredes de un follaje siempre verde y artísticamente recortado. Hay fuentes saltantes, grutas rústicas, lagos de pesca, selvas espesas para caza, kioskos, y saloncitos de descanso.

Yo tuve oportunidad de ver un lago á donde descende una hermosísima cascada, con una multitud de peces, á la que el Sr. Leon XIII. va á pescar con anzuelo, un saloncito desde cuyas ventanas llama prontamente la red tendida sobre los arboles, teniendo gusto en coger los pájaros y darles libertad en seguida, y un gabinete de *thé* á donde va á tomarlo algunas veces por la tarde.

Los peregrinos mexicanos visitamos los Jardines dichos con la facilidad y libertad que nos proporcionaban especiales recomendaciones. Esto, y la ignorancia de las costumbres ó reglamento respectivo, hizo que un grupo de tres sacerdotes, anduviesen por las calles del gran jardín á horas vedadas, esto es, á la hora que Su Santidad debía salir á dar su paseo.

No recuerdo quienes eran los otros dos, pero uno era el Sr. Cura de Orizaba, D. Manuel Hernandez Orihuela. Este Señor, como de sesenta años, fué lo más de la travesía por mar, en ca-

ma, no por mareo, sino por enfermedad en una pierna que no le permitía andar.

El caso es que caminaban los tres por una amena calle, cuando se divisó á lo léjos un gran grupo de gente á caballo y un carruaje. Era Su Santidad escoltado por su Guardia noble. Los de la Guardia que venían de descubierta, luego que vieron á los tres sacerdotes, corrieron á despejar el camino y á reconvenir á los que contravenían el reglamento. Los dos acompañantes del Sr. Orihuela, corrieron á su vez á todo escape; éste quiso hacer lo mismo, dió algunos pasos y cayó á plomo sin tener fuerzas para incorporarse. Los de la Guardia llegan, intiman al Sr. Cura para que se levante, y en esto llega la comitiva del Papa, al lugar de la catástrofe.

—Qué tienes, hijo, grita Su Santidad, qué te ha sucedido? Bajad pronto,—dirigiéndose á su guardia—ayudadle á levantarse.

Puesto en pié con el auxilio que se le prestó, levantóse y se dirigió á la portezuela de la carroza, desde donde S. S. le decía:

—Qué te sucedió, hijo?

—Nada, Santísimo Padre, sino que no pude desviarme pronto del camino y caí.

—Bien, pero tu estás mal, acaso estás lastimado, estás llorando.

—Más que por lo que sufrí en la caída, más por lo que me hacen sufrir los dolores de piernas hace tiempo, yo lloro de emoción por verme tratado con tanta benevolencia por vuestra Santidad.

—Bien, bien.—Que el Sr. te bendiga, (bendiciéndolo) y te restituya la salud.—Y dirigiéndose á sus guardias agregó: Llevadlo con cuidado hasta ponerlo en su carruaje.

El Papa continuó su paseo y el Sr. Orihuela fué llevado con muchas atenciones á la puerta, donde le esperaba el coche en que había venido, quedando muy contento de su caída que le proporcionó tan grata satisfacción.

Cuando el Sr. Cura Orihuela me refirió este episodio en Paris, estaba perfectamente bien de su enfermedad, y volvió sano á su Parroquia; más le sobrevino una enfermedad de la que falleció en México hará unos dos meses.

